

El pasado presente: reflexiones sobre el actual contexto historiográfico

The Past Present: Reflections on the Current Historiographic Context

Sara Prades Plaza*
Universitat Jaume I (España)
sprades@uji.es

Resumen

En este artículo se reflexiona sobre la actual coyuntura historiográfica para concluir que existe hoy una crisis de paradigmas. Factores tales como cambio en los regímenes de historicidad, los actuales usos públicos de la Historia, el triunfo de la Historia reciente, la entrada de otros profesionales no historiadores en el campo de los estudios históricos, la centralidad del individuo y la posibilidad de dar voz a los vencidos son los principales rasgos de una nueva coyuntura historiográfica del siglo XXI, que viene como de la crisis de la modernidad.

Palabras clave

Usos públicos de la Historia, historiador, historiografía, memoria, Historia reciente.

Abstract

This article is a reflection on the present historiographical situation which concludes that we are witness of a crisis of paradigms today. Factors such as a change in the regimes of historicity, the importance of public uses of history, the triumph of recent history, the contribution of other professionals, apart from historians, to the field of historical studies, the centrality of the individual, and the possibility of giving voice to the losers are all the principal features of a new 21th century historiographic panorama which stems from the current crisis of modernity.

Key Words

Public uses of history, historian, historiography, memory, recent history.

Introducción

* La autora participa en el proyecto de investigación “Derechas y nación en la España contemporánea. Culturas e identidades en conflicto” (HAR2014-53042-P).

Si algo caracteriza la actual coyuntura en relación con el conocimiento histórico es la dificultad de expresar un pensamiento acerca del mismo que no envuelva una o varias paradojas. Por tanto, podríamos comenzar diciendo que el rasgo principal del actual contexto historiográfico es la incongruencia. Puesto que todo discurso histórico es fruto de su tiempo, en el paradójico presente del siglo XXI no se puede esperar más que una historia colmada de contrasentidos. Diferentes autores han descrito este contexto, el primero de los cuales fue Roger Chartier, quien planteó el desasosiego que produce este tiempo de incertidumbres para la comunidad de historiadores.¹ La paradoja existente en el seno de nuestra disciplina se produce al darse una enorme vitalidad y auge traducidos en el enorme éxito de venta de las colecciones de Historia, el aumento de traducciones o el eco producido por algunas obras, al mismo tiempo que se da una crisis de los paradigmas dominantes durante décadas, que ahora han perdido su viabilidad para la explicación del pasado.

Uno de ellos era el paradigma estructuralista determinista, que trataba de identificar las estructuras y relaciones que manejaban los mecanismos económicos y organizaban las relaciones sociales. Por otro lado, el paradigma galileano, que suponía que el mundo social se podía conocer objetivamente a través de la cuantificación y de las leyes rectoras del mundo, también ha entrado en crisis. La pérdida de vigencia de estos paradigmas epistemológicos ampliamente compartidos durante tiempo ha tenido como consecuencia el advenimiento de un momento de incertidumbres.²

Los historiadores, sensibles a las nuevas aproximaciones antropológicas, han restaurado el papel de los individuos como constructores de lazos sociales, de lo subjetivo, de lo político y del relato como constituyente de realidad. La microhistoria provee la traducción más viva de esta transformación al reconstruir a partir de una situación particular, normal en tanto que excepcional, la manera en que los individuos producen el mundo social. Esa es la razón por la que Chartier reivindicó la historia sociocultural, que tiene en cuenta los nuevos retos de la actual coyuntura: el giro lingüístico, que habría planteado la confusión de la historia con la ficción, y la reconsideración de la importancia de la historia política.

Un tiempo después, Paul Ricoeur cuestionó la capacidad de la historia para transmitir objetivamente el pasado, al destacar el carácter activo del historiador en la operación histórica y su subjetividad. Por eso, al cuestionar la capacidad de representación del pasado por la distancia necesaria entre el pretérito representado y las formas discursivas precisas para su representación, propuso el concepto “representancia, [...] entendida como la capacidad del discurso histórico para representar el pasado”.³ Su perspectiva ahondaba en la reflexión que había inaugurado

¹ Roger Chartier, “L’histoire aujourd’hui: doutes, défis, propositions”, *Eutopías*, 2ª época, 42 (1994): 1-25.

² Quizás la obra que ha gozado de una mayor repercusión de entre las que tratan esta pérdida de certidumbres en la disciplina histórica sea la de François Furet, *Le Passée d’une illusion. Essai sur l’idée communiste au XXème siècle* (París: Laffont-Calmann-Lévy, 1995).

³ Paul Ricoeur, *La mémoire, l’histoire, l’oubli* (Paris: Seuil, 2000), o su traducción al castellano *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Trotta, 2003), 315.

Michel de Certeau, quien expuso la tensión entre el deseo de cientificidad de la historia y la forzada subjetividad en la representación del pasado:

La historia es un discurso que utiliza construcciones y composiciones de la escritura narrativa, es decir de la ficción, pero que al mismo tiempo, produce un corpus de enunciados científicos, si entendemos por eso la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permiten controlar las operaciones proporcionadas para la producción de objetos determinados.⁴

Como se observa, Certeau y Ricoeur, al desconfiar de la capacidad del discurso histórico para representar el pasado, profundizaron en el análisis de la crisis de la historia. Entre quienes se dedicaron a diagnosticar este problema, destacaron Georg G. Iggers, François Dosse y Peter Novick, que incidieron en la desaparición de la concepción de la historia como ciencia desde los años setenta, argumento que también defendió posteriormente Schorske. Sin embargo, resultan más interesantes quienes se ocuparon de proponer remedios y de reflexionar sobre los cambios acontecidos en el seno de la disciplina histórica y acerca de la multiplicidad de formas de historiar: así, por ejemplo, Lawrence Stone subrayó la necesidad del retorno de la narrativa en la escritura de la Historia, mientras que Bernard Lepetit insistió en el interés de la historia de los individuos.⁵

Por su parte, Gérard Noiriel relacionó los cambios acontecidos en la manera de concebir la disciplina con las variaciones producidas respecto de la función social del historiador, enfatizando la existencia de demandas nuevas en la sociedad actual como es la Historia con fines particulares en la sociedad de masas y cultura del ocio.⁶ Este argumento le llevó a reflexionar sobre la interferencia en la disciplina histórica de profesionales no historiadores para satisfacer las demandas de historia de la sociedad actual. Al mismo tiempo, apuntó que el historiador había perdido su inocencia al probarse que su narración sobre el pasado no era neutra puesto que existía un alto grado de subjetividad en su discurso, circunstancia que explicaría las distintas posiciones de diversos historiadores ante un mismo hecho.⁷

Como se observa, no solo la concepción de la historia está en cuestión, sino que también se discute sobre el papel del historiador en la sociedad actual. Incidiendo en este análisis, Olivier Dumoulin estudió la naturaleza de la tarea de los historiadores y el papel social que la sociedad actual atribuye a su actividad, analizando la evolución

⁴ Michel de Certeau, "La operación histórica" en Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia. I: Nuevos problemas* (Barcelona: Laia, 1985), 64.

⁵ Lawrence Stone, "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de la nueva y vieja historia" en Id., *El pasado y el presente* (México: Fondo de Cultura Económica, 1982), 95-119; François Dosse, *L'histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire"* (Paris: La Découverte, 1987); Bernard Lepetit, *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique* (Paris: Albin Michel, 1999); Peter Novick, *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988); Carl Schorske, *Thinking with History: Explorations in the Passage to Modernism* (Princeton: Princeton University Press, 1998); Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography* (Hanover: University Press of New England, 1984).

⁶ Gérard Noiriel, *Sur la "crise" de l'histoire* (Paris: Belin, 1996).

⁷ Para el estudio de las diferentes posturas adoptadas por algunos intelectuales ante el Holocausto véase Enzo Traverso, *L'Histoire déchirée, essai sur Auschwitz et les intellectuels* (Paris: Editions du Cerf, 1997).

del historiador desde la cátedra hasta los tribunales para subrayar la necesidad de responsabilidad en su tarea profesional.⁸ De igual modo hizo Sisinio Pérez Garzón, quien estudió la evolución del historiador desde su papel de cronista de las hazañas del monarca hasta el rol de creador de patria con la instauración del Estado liberal, cuando se convirtió en parte de la elite de poder cultural por ser el gestor de la memoria nacional. Sin embargo, al estudiar el contexto actual, advertía de la degradación de su función, dado que el historiador habría perdido el monopolio de la información sobre el pasado, habiendo de competir con el director de cine, sociólogo, politólogo, escritor, economista o antropólogo. Según su opinión, esto es debido a que el acceso al conocimiento histórico se da a través de los medios de comunicación, entre otros cauces, por lo que la Historia tampoco ya ocuparía la primacía entre las Ciencias Sociales.⁹

El acceso de la ciudadanía a la cultura como entretenimiento, las constantes conmemoraciones de hechos pasados y la necesidad de la creación de museos que conserven lo pretérito, evidencian una ampliación de las demandas de Historia. Consecuentemente, el historiador lleva a cabo versiones de la historia destinadas al entretenimiento y a la evasión como la organización de exposiciones, la creación de espacios culturales que pretenden valorizar algún acontecimiento o lugar del pasado, el asesoramiento en conmemoraciones o la conservación y tratamiento del patrimonio. En una sociedad superespecializada como la actual, colmada de técnicos y expertos, el historiador se erige en el experto en la memoria.¹⁰ El sabio investigador da paso al experto en Historia, útil para la sociedad del nuevo milenio, al intentar conjugar la simplificación para hacerse inteligible por la ciudadanía con la búsqueda de la complejidad y la crítica en sus explicaciones.

El historiador puede ser muy útil en el nuevo milenio, si intenta conjugar la simplificación para hacerse inteligible por la ciudadanía con la complejidad y crítica en sus explicaciones sobre el pasado. Habrá de atender a las necesidades históricas que tienen algunos organismos estatales o sociedades privadas como la Iglesia, bancos, sindicatos, partidos políticos o asociaciones de todo tipo. Esta *applied history* se desarrolla desde hace tiempo en Estados Unidos bautizada con el término equívoco de *public history*, donde muchas instituciones privadas financian proyectos de investigación, pero puede llegar a ser incompatible con el principio de objetividad desinteresada al estar al servicio de idearios muy particularistas. Esta es una de las razones por las que Peter Novick ha sido muy crítico con esta función del historiador por considerarla incompatible con el principio de objetividad desinteresada al estar al servicio de idearios muy particularistas.¹¹

En síntesis, si bien es cierto que los paradigmas explicativos de antaño se han demostrado inválidos para la sociedad actual (la labor del historiador no solo se ha

⁸ Olivier Dumoulin, *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire* (París: Albin Michel, 2003).

⁹ Juan Sisinio Pérez Garzón, "Los historiadores en la política española", en Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la historia* (Madrid: Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003), 107-44.

¹⁰ Ignacio Peiró, "La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea", *Ayer*, 53 (2004): 179-205.

¹¹ Peter Novick, *That Noble Dream*, 513-21.

tenido que reinventar sino que también han cambiado los demandantes de Historia), podemos concluir que, después de que a finales del siglo pasado se anunciase la crisis de la Historia, esta disciplina ha sabido encontrar un nuevo lugar en la sociedad del siglo XXI.

El triunfo de la Historia del presente

En otros momentos históricos, lo viejo, lo antiguo o lo anciano encarnaba la experiencia y por eso debía de ser respetado. Sin embargo, hoy vivimos un momento en que lo que prima es la contemporaneidad, la novedad y la primicia. Relacionada con este rasgo de nuestra sociedad se encuentra una relevante característica de la actual coyuntura historiográfica, esto es, el triunfo de la Historia Contemporánea. François Hartog y Jacques Revel, para quienes este rasgo es el más característico de la Historia en la actualidad, destacaron el triunfo de la contemporaneidad al observar la creación de instituciones dedicadas a estudiar esta época histórica (la más paradigmática de las cuales sería *l'Institut d'Histoire du Temps Présent*), y al percibir el éxito editorial de los libros que se ocupan de este periodo.¹²

Esta omnipresencia de lo contemporáneo es compartida por otras Ciencias Sociales como la Antropología, que ahora se encuentra en los *limes* de la Sociología al haber abandonado el estudio de lo lejano y tradicional. Hasta hace poco tiempo lo contemporáneo era considerado excesivamente susceptible de ser afectado por la subjetividad y, por tanto, era valorado como lo menos científico y, por consiguiente, lo menos historiable. Pero una vez asumida la imposibilidad de hallar la objetividad científica en el discurso histórico, el interés por lo contemporáneo aparece como un legítimo tema de estudio.

La promoción de lo actual, unida a la mayor valoración del individuo, tiene como consecuencia la apreciación del testigo del pasado, competente en la transmisión de lo acontecido y, al mismo tiempo, competidor con el historiador por la credibilidad de sus testimonios. El testigo y su memoria se convierten en una alternativa al historiador y a la Historia de tal magnitud que incluso se ha denominado al momento actual como la “era del testimonio”. Al haberse diversificado los modos de transmisión de la Historia, la experiencia de los actores del pasado puede llegar a la ciudadanía mediante una multiplicidad de canales como la Historia oral, el cine, la literatura, la fotografía o la biografía, entre otros, por lo que su acceso al público es formidable.

Lucette Valensi aprecia tanto el rol del testigo del pasado que incluso llega a concluir que el relato que escriben los historiadores solamente es una manera más de transmitir en el presente los acontecimientos pretéritos, poniendo en el mismo plano de credibilidad al profesional y al testigo. Intentó averiguar cómo se daba el proceso de elaboración y transmisión de las diferentes memorias coexistentes en un contexto,

¹² François Hartog y Jacques Revel, “Note de conjoncture historiographique”, en Id., *Les usages politiques du passé* (Paris: Éditions des Hautes Études de Sciences Sociales, 2001), 20 (13-24).

para concluir que existe una pérdida de la valoración de la Historia en nuestra sociedad actual.¹³

El triunfo de la contemporaneidad, al que anteriormente hemos referido, también tiene su plasmación en el cambio de régimen de historicidad, concepto propuesto por Hartog que significa la distinta manera de traducir y ordenar las experiencias del tiempo.¹⁴ La ruina de la creencia en el progreso conlleva una temporalidad discontinua en la que los acontecimientos del pasado aparecen como una preocupación y, por tanto, un asunto de discusión pública en el presente. Se ha llegado a decir que desde el derrumbe de la idea de progreso continuado a partir del advenimiento de los totalitarismos, la historia ya no está sometida a ninguna ley.¹⁵ Un ejemplo evidente de esta intromisión del pasado en el presente es la constante aparición en la actualidad del Holocausto, que ya es tanto parte del pasado como del presente. Por consiguiente, lo pretérito es parte de nuestra cotidianeidad, apareciendo en nuestra rutina diaria a través de series televisivas, debates públicos en los medios de comunicación o mediante la conmemoración de acontecimientos pasados.

Como resultado de la crisis del régimen de historicidad que se da desde el siglo XX, Hartog concluye que la memoria ha superado a la Historia por sublimación, al convertirse en un instrumento privilegiado para la interrogación permanente del presente.¹⁶ A una conclusión similar llegó Jeffrey K. Olick, quien opinaba que la crisis de la temporalidad lineal y la reivindicación de la recuperación de la memoria en la esfera pública constituían precisamente la modernidad, el *Neuzeit*. Además, Olick entiende que tantos debates sobre la postmodernidad, el multiculturalismo y la identidad invoquen la práctica de la historiografía.¹⁷

Asimismo, el pasado parece estar reemplazando al futuro como lugar privilegiado de referencia del debate político, ya que lo pretérito “es evocado para proveer aquello que no logró brindar el futuro en los imaginarios previos del siglo XX”.¹⁸ Al haber caído las certidumbres fruto del positivismo y de la fe en la ciencia que precisaban cómo sería el futuro, por la confianza en el progreso y en la modernización social, ha nacido una nueva temporalidad: la de los pretéritos presentes. Esta temporalidad consiste en la reivindicación de la memoria del pasado y es consecuencia del deseo de anclarnos a algo asible en un mundo caracterizado por la creciente inestabilidad del tiempo y del espacio en que vivimos.

Andreas Huyssen sentencia que el mundo se “musealiza” y que la meta parece ser el recuerdo total, por la necesidad de asumir la responsabilidad por lo realizado en

¹³ Lucette Valensi, “Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos. Cómo perdura el recuerdo de los grandes acontecimientos”, *Ayer*, 32 (1998): 57-68.

¹⁴ François Hartog, *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps* (Paris: Éditions du Seuil, 2003).

¹⁵ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX* (Barcelona: Península, 2002), 11.

¹⁶ François Hartog, *Croire en l'histoire* (Paris: Flammarion, 2013).

¹⁷ Jeffrey K. Olick, “Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público”, *Ayer*, 32 (1998): 119-46.

¹⁸ Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2002), 7.

el pasado. Sin embargo, opina que esta permanente evocación del pasado puede producir una insatisfacción constante, dado que lo pretérito no es capaz de brindar la esperanza que proporcionaba el futuro.¹⁹ Por lo tanto, el imperioso deber de memoria que defienden las sociedades democráticas en la actualidad ha dado lugar a numerosos esfuerzos por parte de los Estados, como propuestas de ley restableciendo la dignidad a numerosas víctimas de injusticias cometidas en el pasado. Comisiones de investigación, purgas, juicios o amnistías, políticas de compensación, restitución o reparación a menudo son reclamadas desde iniciativas no oficiales que surgen de la sociedad civil para hacer frente al pasado. Estas políticas de la memoria permiten que las sociedades que han vivido procesos traumáticos se reconcilien con su pasado y proporcionen una nueva función del historiador en la sociedad, dado que ha de practicar una lectura judicial de los tiempos pretéritos que le obliga a abandonar su cómoda y aislada cátedra para convertirse en uno de los actores principales del debate público.²⁰

Los procesos por crímenes contra la humanidad estimulan el deber de memoria dado que no prescriben. Para juzgarlos se han constituido comisiones mixtas de historiadores y juristas en las que se ha requerido al historiador como perito en el pasado.²¹ No obstante, esta nueva función del historiador no está exenta de polémica, ya que su ética y la imbricación de la justicia en sus actuaciones han sido cuestionadas por académicos como Henry Rousso. En su opinión, los Estados han de recuperar la memoria más dramática de su pasado en aras de una paz social que identifique a víctimas y verdugos, dado que para la buena salud de las democracias se han de celebrar procesos judiciales por crímenes de guerra y contra la humanidad.²²

En este marco de confrontación de las distintas memorias nacionales, las llamadas a la responsabilidad, al deber de memoria y a la función social del historiador favorecieron que un grupo de profesionales abriera nuevos campos de estudio y recuperase temáticas anteriormente silenciadas. En este contexto se dio una enorme producción sobre el Holocausto, que intentó racionalizar el gran trauma de la sociedad europea del siglo XX. Este se ha ido convirtiendo en un importante centro de atención para la historiografía actual, que ha llegado a considerarlo la encarnación del mal de nuestro tiempo.²³

El ingente interés por este tema tiene como consecuencia que las interpretaciones sobre el mismo sean enormemente diversas, dado que conviven el ensayo historiográfico y la voz de los protagonistas del periodo, que generalmente relatan sus vivencias tiempo después de haber superado el trauma. Por lo general, los protagonistas ejercieron en un primer momento el derecho al olvido, prefiriéndolo a la memoria del mal. Pero posteriormente sintieron la necesidad de contar su experiencia y concienciar a la sociedad de la necesidad de rememorar lo acontecido. Tantas son

¹⁹ Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido*, 22.

²⁰ Alexandra Barahona, Paloma Aguilar y Carmen González, *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias* (Madrid: Istmo, 2000), 30.

²¹ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal*, 50.

²² Henry Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas* (Paris: Éditions Gallimard, 1996).

²³ Saul Friedländer, *Memory, History, and the Extermination of the Jews of Europe* (Bloomington: Indiana University Press, 1993).

las experiencias relatadas y la recreación en el presente de lo sucedido que el pasado deja de ser histórico para pasar a estar continuamente presente, situación que puede dar lugar a abusos o malos usos de la memoria.²⁴

Estos han sido analizados por Tzvetan Todorov, al advertir sobre las aspiraciones de algunos individuos que se consideran desfavorecidos por la historia para conseguir un estatuto de víctima, situación que les abriría en el presente una línea de crédito inagotable. Propone que la memoria del pasado no sea usada para pedir reparaciones, sino para “estar alerta frente a situaciones nuevas, pero sin embargo análogas”.²⁵ Señala como un peligro para la sociedad europea el culto a la memoria que se está practicando, si no le buscamos una utilidad en el presente. La excesiva dilatación de la memoria provoca un obstáculo para la satisfacción de las necesidades del presente, dado que el exceso de memoria y la saturación impide el juicio y la crítica.

En la misma línea argumental, Enzo Traverso ha denunciado la falta de comparación entre situaciones históricas similares, puesto que observa una sacralización asombrosa de la singularidad del Holocausto, no dudando en calificar a nuestro presente como “saturado de memoria”.²⁶ Por esta razón, Ricoeur aboga por evitar caer en el “deber de memoria” que, al consagrar el recuerdo de las víctimas, podría minusvalorar el trabajo del historiador basado en la confrontación documental. La memoria puede ser una fuente de conocimiento del pasado pero, para que le sea útil a la historia, ha de ser verificada empírica y documentalmente.²⁷

La invasión de la memoria es patente desde el ámbito público hasta el historiográfico. Por consiguiente, es interesante tener en cuenta todas aquellas reflexiones en torno a la memoria y su relación con la Historia para el análisis de la actual coyuntura historiográfica. En este sentido, no podemos descuidar las inaugurales meditaciones de Maurice Halbwachs en su obra *La memoria colectiva*. Esbozada en el largo periodo comprendido entre 1925 y 1944, Halbwachs estudió en ella las relaciones entre memoria e Historia para definir memoria colectiva como “una reconstrucción del pasado que adopta la imagen de hechos antiguos a las creencias y necesidades espirituales del presente, frente a la Historia y su apropiación abstracta, universalista y objetiva del pasado”.²⁸

Por eso, la expresión memoria histórica le parecía al padre de la Sociología de la memoria “no muy afortunada al asociar dos términos que se oponen en más de un aspecto”.²⁹ Destacaba, asimismo, la importante función del pasado para la constitución de las identidades, ya que opinaba que “el grupo, en el momento en que aborda su pasado, siente que sigue siendo el mismo y toma conciencia de su identidad

²⁴ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal*, 203.

²⁵ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria* (Barcelona: Paidós, 2000), 58

²⁶ Enzo Traverso, “La singularidad de Auschwitz. Un debate sobre el uso de la historia”, *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, 11 (2003): 116 (111-18).

²⁷ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Trotta, 2003), 118.

²⁸ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva* (Zaragoza: Prensas universitarias de la Universidad de Zaragoza, 2004), 13. Para una interesante aproximación a la obra de Halbwachs consúltese el artículo de Gérard Namer “Antifascismo y *La memoria de los músicos de Halbwachs*”, *Ayer*, 32 (1998): 35-56.

²⁹ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, 80.

a través del tiempo”.³⁰ Definió memoria colectiva como la unión de las memorias individuales con lazos entre los individuos, ya que no existe un ente colectivo que recuerda. La memoria colectiva sería “una corriente de pensamiento continua y espontánea que retiene aquello que está vivo”.³¹ En su opinión, existen varias memorias colectivas mientras que solo hay una Historia, si entendemos por Historia la suma de las investigaciones de los historiadores. Pero el error en el análisis de Halbwachs se daba al no contemplar los elementos de persuasión que remiten a relaciones de poder y jerarquías que modelan las conciencias colectivas.

Con la lectura de su obra se pone de manifiesto que Halbwachs lleva a cabo una evidente defensa de la memoria en detrimento de la Historia, reivindicando la centralidad del presente en las reconstrucciones del pasado. Ignacio Peiró denunció esta “consagración de la memoria” en la coyuntura actual, en especial en la práctica historiográfica, crítica que es fruto de una revisión de los momentos de convergencia y enfrentamiento de la memoria con la Historia.³² Para ello, señaló la existencia de varios momentos, el primero de los cuales se habría dado a principios de los setenta cuando la cuestión de la memoria comenzó a atraer a los historiadores preocupados por el estudio de la historia desde abajo. En ese contexto se dio voz a los numerosos actores anónimos (silenciosos y demasiadas veces olvidados) de la historia, así como se elevó la memoria a objeto de la investigación histórica a través de la escuela de *l’Histoire du quotidienne* francesa, la *History workshops* británica o la *Alltagsgeschichte* alemana.

Esta situación habría desembocado en la llegada al mercado de un alud de publicaciones consagradas a tratar la memoria de la “era de las catástrofes”, que responderían a la demanda social de justicia y reparación de las víctimas del pasado. Se estudiaba también ahora el silencio y el olvido, como las otras facetas del mismo hecho memorialístico, tal y como Freud habría demostrado, evidenciando que el olvido es una forma de memoria oculta.³³ Por eso, Jocelyne Dakhlia, estudiosa de la historia del Magreb, opina que todo silencio u olvido sostiene un proyecto o una identidad, dado que elimina el pasado en aras de un presente o de un futuro que se pretende construir o de la unificación e identidad del grupo portador del recuerdo.³⁴ La principal obra que se ha dedicado al estudio de esta problemática relación es *La memoria, la historia, el olvido*, de Paul Ricoeur.

Para Peiró, un segundo momento en el estudio de la relación de la memoria con la Historia coincide con el planteamiento de los primeros esbozos de la política de la memoria, es decir, la imposición de un pasado como signo distintivo de un grupo humano particular. En este momento destacarían las obras de autores como Agulhon, Hobsbawm o Nora, que han tratado de profundizar en el problema de la transmisión e interpretación de los recuerdos como construcciones culturales. Para ello han estudiado los medios, los lugares y las representaciones simbólicas utilizadas en la

³⁰ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, 87.

³¹ *Ibid.*, 84.

³² Ignacio Peiró, “La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea”, *Ayer*, 53 (2004): 179-205.

³³ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal*, 153.

³⁴ Jocelyne Dakhlia, *Le Divan des Rois. Le politique et le religieux dans l’Islam* (Paris: Aubier, 1998).

socialización del pasado rememorado. Se ocupan, por consiguiente, del pasado tal y como es recordado en el presente por las sociedades, como forma de dar continuidad a una identidad.

Especialmente interesante es la obra de Pierre Nora y su concepto *lieux de mémoire*. En su trabajo intenta analizar la búsqueda de las señas de identidad de un Estado-nación y estudia acto seguido las tradiciones de la República francesa inventadas a través de la conmemoración.³⁵ Nora intenta averiguar la relación del pasado con el presente y la manera en que el segundo utiliza al primero y lo reconstruye. En esta relación, los *lieux de mémoire* son definidos como:

Aquellas realidades históricas en las que la memoria se ha encarnado selectivamente, y que por la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo han permanecido como los símbolos más luminosos de aquella; fiestas, emblemas, monumentos y conmemoraciones pero también elogios, diccionarios y museos.³⁶

Grandes acontecimientos de la historia nacional francesa, el paisaje, el territorio, las fronteras, la noción de hexágono, el patrimonio intelectual o la gloria militar y civil son lugares de memoria para Pierre Nora. Estos también podrían ser representaciones de la nación, memoriales como monumentos a los muertos, panteones o santuarios reales, lugares históricos como Versalles o Vezélay, ceremonias conmemorativas, emblemas como la bandera tricolor, divisas como “libertad, igualdad, fraternidad”. En definitiva, hombres-memoria o instituciones típicamente francesas. Esta alternativa a la Historia nacional clásica demuestra un especial interés por las significaciones en el presente de los actos del pasado al ser una Historia que, como dice su autor, “no se interesa por la memoria como recuerdo, sino como economía general del pasado en el presente”.³⁷ Su concepción de la Historia no aboga ni por la reconstrucción ni la representación, sino por la rememoración, tratando de llevar a cabo una Historia crítica de la memoria y de construir un modelo de relación entre Historia y memoria. Asimismo, el estudio de los lugares de memoria, como noción abstracta y simbólica destinada a desentrañar la dimensión rememorada de los objetos materiales o inmateriales, hace patente la centralidad de la Historia como conformadora de la conciencia nacional.

Los anteriores momentos descritos de la relación entre memoria e Historia estarían caracterizados por mantener una actitud distante ante la memoria, al defender la perspectiva histórica y mantener al pasado en el pasado. En cambio, el tercer momento que identifica Peiró estaría inmerso en el “carnaval de las culturas” y la cultura postfilosófica, tiempo en el que se habría cancelado la disparidad entre ficción y realidad.³⁸ En esta etapa se identificaría al testimonio del pasado con la historia, por haber convertido lo pretérito en algo que no acaba al ser una y otra vez revivido en el presente. Cabe reconocer que la memoria y el olvido son dos puntos de referencia irrenunciables para el conocimiento de la Historia contemporánea, pero no sin antes

³⁵ Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire* (París: Gallimard, 1992). Una síntesis de sus supuestos metodológicos y de la importancia de esta nueva aproximación histórica en Pierre Nora, “La aventura de *Les lieux de mémoire*”, *Ayer*, 32 (1998): 17-34.

³⁶ Pierre Nora, “La aventura de *Les lieux de mémoire*”, 20.

³⁷ *Ibid.*, 26.

³⁸ Ignacio Peiró, “La consagración de la memoria”, 205.

advertir a los historiadores sobre su propia responsabilidad ante una realidad que podría terminar devorada por el exceso de memoria y su representación espectacular en la esfera pública.

Este interés inusitado de la opinión pública y de los historiadores por la memoria ha sido denunciado por Régine Robin en *La mémoire saturée*. En esta obra la autora plantea la actualidad de la memoria como producto de la saturación del pasado más cercano provocada por la equiparación de nazismo y comunismo, por la igual valoración de víctimas y verdugos, la desaparición de la memoria crítica o el apasionado sentimiento de patrimonialización de todo el pasado que ha invadido a la sociedad de hoy en día.³⁹ Robin duda de la posibilidad de la existencia de una justa memoria, como la defendida por Paul Ricoeur, al examinar las actuales relaciones de la sociedad con el pasado, los excesos de la memoria y los peligros de la descontextualización del relato histórico.

También Giovanni Levi ha criticado la excesiva dilatación de la memoria que provoca un obstáculo para la satisfacción de las necesidades del presente, dado que el exceso de memoria y la saturación impide el juicio y la crítica.⁴⁰ Actualmente, en su opinión, se está produciendo un fraccionamiento de identidades y de memorias, apareciendo todas como igualmente legítimas. Por lo tanto, se estaría originando una suerte de revisionismo historiográfico que relativiza y descalifica al discurso histórico al ser todo el mundo identificado como víctima. La historia, según este autor, estaría perdiendo el papel de “ciencia de las diferencias relevantes para convertirse en constructora de homologaciones improbables”.⁴¹

Giovanni Levi opina que esto conduce a que en la actualidad se dé un nuevo uso de la Historia, al haberse transformado el pasado en noticia. La dilatación de lo contemporáneo y la simplificación del pasado más remoto, habrían cambiado la relación entre la Historia y sus receptores, puesto que la información ya no se recibe exclusivamente a través de los libros. Esta situación ha obligado a los historiadores a modificar la manera en que transmiten su disciplina mediante el cine, internet, la televisión o la prensa diaria. Esta es la razón por la que se da una simplificación del discurso histórico que “desvaloriza al pasado en general ya que, nivelando las posiciones, se consideran a todas las partes en conflicto como negativas”.⁴²

Este revisionismo del que advierte Levi es notoriamente observable en la prensa diaria española, donde, entre otras descalificaciones, se anatematiza y equipara a los dos bandos contendientes en la Guerra Civil por haber cometido ambas atrocidades.⁴³ Además, se produce una banalización del franquismo, al ser considerado como un

³⁹ Régine Robin, *La mémoire saturée* (Paris: Éditions Stock, 2003).

⁴⁰ Giovanni Levi, “Sobre l’ús polític de la història”, *L’Espill*, segona època, 3 (1999): 27-37.

⁴¹ *Ibid.*, 32.

⁴² *Ibid.*, 34.

⁴³ Esta idea se mantuvo en artículos como Manuel Fraga Iribarne, “Habría sido peor que ganara el otro bando”, *ABC*, 20 de noviembre de 2005; Jorge Trias Sagnier, “Gil Robles”, *ABC*, 11 de octubre de 2005; “Benedicto XVI podría beatificar a otros mil mártires”, *ABC*, 31 de octubre de 2005, “La mayoría de los españoles cree que el gobierno está reabriendo heridas del pasado”, *El Mundo*, 19 de noviembre de 2005; José María Cruz Román, “Los bisnietos de la guerra”, *ABC*, 22 de noviembre de 2005.

periodo más de la historia de España.⁴⁴ Este tema de estudio llegó a nuestro país en los noventa y su recepción se dio, en gran medida, gracias al trabajo de Josefina Cuesta quien dirigió un monográfico de la revista *Ayer* con el título *Memoria e Historia*, en la temprana fecha de 1998.⁴⁵ Además, expuso en ese número un fabuloso estado de la cuestión y se encargó de la traducción de gran parte de los artículos que en él se publicaron, posibilitando la recepción en España de los trabajos de especialistas en las relaciones entre memoria e Historia.

Recapitulando, nos encontramos ante un vasto campo de estudio en la historiografía internacional, dado que las relaciones entre memoria e Historia son hoy una de las principales preocupaciones de los historiadores. Además, en la actual coyuntura historiográfica, el historiador trata de que sus investigaciones conecten con las preferencias del público y con las demandas de una opinión pública que se acerca a la cultura como producto de consumo en la sociedad del ocio.

Los usos públicos de la historia

Otro notable rasgo de la actual coyuntura historiográfica es el relativo a la atención prestada a los usos públicos de la Historia, tema de investigación y debate que no concierne solamente a los historiadores, sino a los diferentes investigadores sociales. Aun así, la reflexión sobre la instrumentalización pública del pretérito no es un tema reciente, sino que nace con el origen de la Historia como actividad cognoscitiva. A lo largo de los siglos, la Historia se ha usado públicamente con diversas finalidades: legitimación de nuevas dinastías, contribución a la elocuencia de los ponentes en sus discursos parlamentarios o justificación de acciones de los regímenes dictatoriales. Esto ha llevado a Giovanni Levi a constatar que el carácter de ciencia civil que tiene la Historia, convierte a nuestra disciplina en una actividad política.⁴⁶ En las últimas décadas el interés por el pasado en los más diversos ámbitos de la sociedad es extraordinario, de forma que la preocupación académica convive con una inquietud social.

En opinión de Gonzalo Pasamar, “el interés por los usos públicos del pasado constituye una nueva etapa que deja atrás la problemática de la crisis de la historia”,⁴⁷ cuestión que en décadas anteriores preocupó enormemente a la comunidad de historiadores y que se debió, en parte, al desvanecimiento del sueño de objetividad científica conjeturado por los maestros de la profesionalización de la Historia, que dio paso a una marea de incertidumbres. La preocupación pública (y por tanto política) por el pasado ha dado lugar a discursos históricos que, con frecuencia, recurren a la simplificación y caricaturización de lo pretérito en aras de una mayor difusión, puesto que la demanda social de productos históricos ha adquirido proporciones inusitadas.

⁴⁴ José Vidal-Beneyto, “La banalización del franquismo”, *El País*, 26 de noviembre de 2005. Sobre la visión de la guerra civil y del franquismo consúltese el monográfico que en la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo* fue dedicado a la “Memoria y olvido del franquismo”, 11 (2003); o el estudio de Paloma Aguilar Fernández, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española* (Madrid: Alianza, 1996).

⁴⁵ Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Ayer*, 32 (1998).

⁴⁶ Giovanni Levi, “Sobre l’ús polític de la història”, 28.

⁴⁷ Gonzalo Pasamar, “Los historiadores y el uso público de la historia: viejo problema y desafío reciente”, *Ayer*, 49 (2003): 221-48.

Esta reorientación de los discursos sobre el pasado forma parte de un proceso más general de cambio cultural, científico e intelectual, comúnmente denominado crisis de la modernidad”.⁴⁸

Jürgen Habermas, el postrero gran representante de la Escuela de Frankfurt, cuando participó en la *Historikerstreit* fue el primero en reflexionar desde la historiografía sobre esta cuestión. El teórico más destacado de la esfera pública en aquel momento opinaba que desde aproximadamente el siglo XVI se había abierto un nuevo espacio entre la autoridad del Estado y la privacidad de la sociedad civil denominado *Öffentlichkeit*, en el que los individuos podían debatir las relaciones que debían establecerse entre ambos ámbitos. Entendía que el uso público de la Historia era más una toma de posición moral y un debate ético-político en el seno de la esfera pública que una disputa científica sobre el pasado alemán en el ámbito estricto de la historiografía.⁴⁹ Respondía de esta manera a Ernst Nolte y a otros historiadores conservadores alemanes como Andreas Hillgruber, Klaus Hildebrand y Michael Stürmer con su artículo “Eine Art Schadenabwicklung”, publicado en *Die Zeit* en 1986. Acusaba a los anteriores pensadores de mantener una posición de “revisionismo banalizador”, al actuar en un ámbito público en el que se observaba un poderoso intento de simplificar el pasado para criticar al estalinismo, en el caso de Nolte y Hillgruber, o para apoyar la tesis de la identidad nacional, en el caso de Stürmer.⁵⁰ La polémica entre Habermas y los historiadores conservadores obligó a Jürgen Kocka, Hans y Wolfgang J. Mommsen y Martin Broszat a criticar el panorama político y cultural de la República Federal Alemana entre 1987 y 1988.

Se abría de nuevo el debate entre historiadores a propósito de la historia alemana, disputa que ya había tenido lugar en momentos anteriores. Después de los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, tiempo en el que no se debatiría el tema por el derecho al olvido que reclamaba la opinión pública alemana, la historia nacional autocomplaciente define el Holocausto como una anomalía en la propia historia.⁵¹ Posteriormente, la *Neue Sozialgeschichte* rechazó la anterior externalización del Holocausto para proceder a la atribución de responsabilidades en función de una vía alemana al capitalismo, una *Sonderweg* que había dado lugar en último término al exterminio judío. El último estadio del autoexamen de la sociedad alemana se daría con ocasión de la disputa entre historiadores a propósito de la singularidad de la *Shoah*, debate que se daría en los medios de comunicación y principales periódicos del país, apelando de este modo a la opinión pública y poniendo de manifiesto que el pasado era cosa de todos. Así, al calor de este debate, hacía fortuna en los noventa la expresión habermasiana de “uso público de la Historia”,

⁴⁸ Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad* (Madrid: Cátedra-Universitat de València, 2001), 13.

⁴⁹ Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez, “Historia y política: los usos,” en Id., *Usos públicos*, 11-46.

⁵⁰ Jürgen Habermas, “De l’usage public de l’histoire. La vision officielle que la République fédérale a d’elle-même est en train d’éclater” en Rudolf Augstein y otros, *Devant l’histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l’extermination des Juifs par le régime nazi* (París: CERF, 1988), 201-10.

⁵¹ Para una aproximación a la evolución que ha sufrido la relación de la sociedad alemana respecto del Holocausto véase Josefina Cuesta Bustillo, “Memoria e Historia: un estado de la cuestión”, *Ayer*, 32 (1998): 203-46.

surgida como arma de combate en la *Historikerstreit*. Las reflexiones de Habermas inmediatamente sirvieron como plataforma desde la que surgieron numerosos estudios sobre el uso público de la Historia en Italia, Estados Unidos o Francia.

Nicola Gallerano fue uno de los interesados en desarrollar este tema en el ámbito italiano mediante diversas contribuciones de entre las que destacamos el capítulo “Storia e uso pubblico della storia”, del libro colectivo editado por él mismo *L'uso pubblico della storia*.⁵² Considera Gallerano demasiado reduccionista la identificación habermasiana del uso público de la Historia con el uso político del pasado, dado que para el autor italiano no es lo mismo la importancia asignada por el poder político a la gestión de la memoria histórica como instrumento para el control del presente (que sería el uso político del pasado y una práctica denostada por él), que el uso público propiamente dicho de la Historia. Gallerano llama a los historiadores a considerar como una urgente necesidad el uso público de la Historia para que, de manera crítica, sean capaces de poner en cuestión la eternidad del pasado así como rescatarlo de la tiranía del presente.

A diferencia de Habermas, Gallerano no opina que la esfera pública sea un lugar para el consenso, sino que considera que es el espacio de conflicto de los discursos, el lugar donde entran en competencia. Allí se ha de producir la confrontación entre los diferentes usos del pasado a través de los medios de comunicación, la publicidad, la literatura, el arte o los espacios urbanos, dado que los partidos políticos o las asociaciones culturales con objetivos particulares promueven diferentes lecturas del pasado desde sus diversas identidades. Y así, la cuestión del uso público de la Historia ha acabado llegando a un amplio público y convirtiéndose en materia de estudio e investigación para la historiografía reciente.

Pero, de todos los usos públicos que de la Historia se han llevado a cabo por parte de diferentes intereses de diversa entidad y naturaleza, el político es el más explícito, pues puede llegar a degradar la Historia y convertirla en un mero instrumento de control gubernamental. Precisamente, este uso de la Historia para la construcción de la identidad nacional española es lo que ha analizado Carolyn Boyd en su interesante obra *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*. Se estudia la relevancia de la enseñanza de la Historia como elemento clave para la construcción de la identidad nacional, subrayándose su politización por parte de las diferentes culturas políticas.

En toda Europa, la preocupación por la comprensión popular del pasado apareció a finales del XVIII para generalizarse a mediados del XIX, cuando los Estados se propusieron inculcar valores patrióticos o nacionales a la sociedad, de manera que se incluyó a la Historia entre las disciplinas básicas de su sistema de educación primaria y secundaria. La comunidad imaginada nacional debía poseer un sentido común de identidad que se enseñase en la escuela, con la finalidad de que posteriormente el adulto reprodujese ese discurso nacional interiorizado. Pero Boyd concluyó que en España “los esfuerzos de los diferentes regímenes políticos por crear una comprensión común de la Historia y del propósito nacional que se han sucedido en el poder a lo

⁵² Nicola Gallerano (ed.), “Storia e uso pubblico della storia” en Id., *L'uso pubblico della storia* (Milán: Franco Angeli, 1995), 7-32.

largo del XX han fracasado estrepitosamente”.⁵³ Según la autora, la enseñanza de la Historia en España ha sido más un campo de lucha ideológica que un instrumento de integración nacional.

Para llegar a esta conclusión, Boyd se centra en el análisis de los libros de texto que, en su opinión, han sido el medio privilegiado de instrucción en las escuelas españolas hasta la actualidad. Además, la autora analiza la manera en que el debate sobre los rasgos que debían caracterizar a la nación española se plasmó en los libros de texto de Historia. Le parece esta una fuente fiable para captar las representaciones que las élites difundían entre los jóvenes a través de los juicios de valor que se reflejan en los manuales, la omisión de algunos temas y el formato que presentaban. Pero el estudio de Boyd no ha intentado analizar el impacto del discurso emitido desde las aulas en la percepción popular del pasado nacional, importante carencia si entendemos que la conciencia histórica nacional también se constituye mediante los festivales nacionales o locales, monumentos, rituales y sermones religiosos, cuentos, cine, radio, o comic. Por eso creemos que la conclusión de la autora a propósito del “estrepitoso fracaso” de los diferentes regímenes políticos por crear una comprensión común del propósito nacional no es acertada. La invención de la tradición nacional, como señala Hobsbawm, no se dio solamente desde los mecanismos de nacionalización estatales tales como la escuela o el ejército, sino que también se llevó a cabo desde la sociedad civil:

Oficialmente, o políticamente, lo hicieron los Estados u organizaciones sociales y movimientos políticos; y extraoficialmente, podríamos decir también socialmente, grupos sociales no organizados formalmente como tales, o aquellos cuyos objetivos no eran específicamente o conscientemente políticos, como clubes y asociaciones, independientemente de si tenían o no funciones políticas.⁵⁴

En este punto conviene señalar algunas diferencias que separan el uso público que de la Historia se ha hecho en Europa Oriental respecto del llevado a cabo en la parte Occidental del continente. En el Este, según Karel Bartosek, el recurso al pasado y su instrumentalización pública ha gozado de un papel legitimador mucho más profundo que en el Oeste, de manera que se habría producido un abuso de la Historia con la finalidad de legitimar algunas actuaciones gubernamentales. Esto tendría como consecuencia, en opinión del autor, que la condición pública del historiador aún no se hubiese rehabilitado respecto del periodo soviético, por haber sido estos agentes de la memoria y gestores de la Historia oficial, llegando a encubrir crímenes o falsear datos por estar al servicio del poder.⁵⁵

Pero también en Europa Occidental el consumo popular de Historia ha contribuido a la creación de una vigorosa *public history* y a “la creación de un llamativo discurso político sobre la identidad nacional”.⁵⁶ Es especialmente destacable

⁵³ Carolyn P. Boyd, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975* (Barcelona: Pomares-Corredor, 2000), 397.

⁵⁴ Eric Hobsbawm, “Mass-producing traditions: Europe, 1870-1914”, en Eric Hobsbawm & Terence Ranger (eds.), *The invention of tradition* (Cambridge: Cambridge University Press, 1983), 263.

⁵⁵ Karel Bartosek, *Les aveux des archives, Paris-Prague, 1948-1968* (Paris: Seuil, 1996).

⁵⁶ Gonzalo Pasamar, “Los historiadores y el uso público de la historia”, 234.

el marcado interés social y político por la Historia del presente, en especial la del nazismo y el Holocausto desde los años ochenta.

Diane F. Britton ha reflexionado sobre el uso público de la Historia en Estados Unidos para concluir la existencia de un “enamoramamiento de los americanos de su pasado, porque éste define quienes son como individuos y lo que valoran como sociedad”.⁵⁷ Esta historiadora considera que el pasado es omnipresente en la sociedad estadounidense, apareciendo en el cine, en las novelas, en los juegos de ordenador, en los programas de televisión o en su vida privada mediante los mini-museos que erigen en sus hogares a través de las fotografías o registros visuales de experiencias vividas. Sin embargo, considera que el pasado que conoce la ciudadanía es una simplificación de lo acontecido, con una enorme capacidad de mover las conciencias de la población y con la finalidad de fijar las identidades sociales. Esta Historia es calificada por Britton como popular y demasiadas veces definida por oposición a la profesional.

De hecho, la autora propone que los historiadores conozcan el ambiente cultural de su público antes de intentar interpretar el pasado para ellos, que se interesen por la Historia académica pero también por la Historia que conoce la sociedad, puesto que si el historiador hace caso omiso del conocimiento de la memoria cultural de la sociedad que le rodea, su mensaje caerá en oídos sordos y se mantendrá en una torre de marfil alejada de la sociedad.

Asimismo, la autora hace suyas las reflexiones de Joyce Appleby según quien “es responsabilidad de los historiadores profesionales [...] el fomento de un mayor entendimiento de cómo los historiadores se ocupan de hacer historiografía”.⁵⁸ Por lo tanto, el trabajo del historiador solamente será útil para la sociedad si éste entra en el espacio público y demuestra la necesidad de sus trabajos y estudios, al poner de manifiesto la búsqueda de la complejidad y la crítica de lo existente. Britton señala como ejemplo el debate mantenido en torno a los contenidos que se debían enseñar sobre Historia de los Estados Unidos y cómo se concluyó en la necesidad del estudio de la complejidad de la Historia para el conocimiento actual de la política del presente. Este debate produjo una controversia pública que concluyó en 1996 con un informe de consenso entre padres, profesores, funcionarios de estudios sociales estatales, historiadores académicos, representantes de organismos profesionales y grupos de interés público: las Normas Nacionales para la Historia.⁵⁹

También a partir de 1996 comenzó a debatirse en España en el ámbito de la opinión pública y en los medios de comunicación de masas sobre el uso de la Historia en el sistema educativo español. La ministra de Educación del momento, Esperanza Aguirre, acusó en dos debates públicos al anterior gobierno socialista de haber sido capaz de eliminar progresivamente la historia de los planes de estudio con la intención de manipular con más facilidad a la ciudadanía. Reivindicaba una historia “objetiva y científica”,⁶⁰ alejada de los planteamientos ideologizados de los nacionalismos periféricos en el Estado español, que reconociese “el carácter unitario de la Historia de

⁵⁷ Diane F. Britton, “Historia pública y memoria pública”, *Ayer*, 32 (1998): 158 (147-62).

⁵⁸ *Ibid.*, 162.

⁵⁹ *Ibid.*, 155.

⁶⁰ Carlos Seco Serrano, “Los españoles, sin su historia”, *ABC*, 5 de noviembre de 1996.

España”.⁶¹ Se granjeaba, de ese modo, la imagen de un ministerio preocupado por la enseñanza de la Historia, víctima de sus socios nacionalistas en el gobierno, en un claro ejemplo de uso político de la Historia en la España democrática con el objetivo de movilizar a la opinión pública en defensa de una determinada idea de España. La simplificación de esta posición en la prensa diaria con la finalidad de agitar a la ciudadanía abogaba por una historia patria que salvase a España de su desaparición.⁶² En definitiva, poco importaba si la historia de gestas heroicas y grandes personajes era para los escolares incomprensible y poco interesante por su desconexión con el presente, dado que lo realmente relevante era que, como españoles, conociesen las raíces de una nación inmemorial y de una realidad histórica incuestionable como era España.

Se evidenciaba que lo que se daba en la opinión pública no era una disputa por el conocimiento del pasado, sino que una vez más se pugnaba por controlar los mitos en los que se fundaba la legitimidad nacional española.⁶³ Pero, como señaló Javier Tusell, historiador que intervino en el debate a favor de la Historia contemporánea y de la pluralidad de maneras de entender la disciplina histórica, “el debate resultó improductivo por partir de una iniciativa política”.⁶⁴ Una vez más, pero de forma menos evidente y más sutil que en el franquismo, se había utilizado a la Historia políticamente para hacer inamovible el actual Estado-nación español, acabando perjudicando esencialmente a la propia disciplina por hacerla parecer un arma política.

No obstante, a partir de la politización de la Historia en España con motivo del Decreto de Humanidades, se dio un fructífero debate entre la historiografía española sobre la importancia de ser conscientes del tipo de Historia que se enseñaba, relanzándose entonces el interés por los usos públicos de la Historia en nuestro país.⁶⁵ La mayoría de los historiadores concluyeron que:

Más importante que transmitir los hechos establecidos en el tiempo resulta hacer conocer en qué consiste el trabajo del historiador, poniendo de relieve las diversas operaciones intelectuales que en él intervienen, los diversos problemas que se plantean, los fundamentos y los límites del conocimiento histórico.⁶⁶

⁶¹ Pedro Ruiz Torres, “La historia en el debate político sobre la enseñanza de las Humanidades”, *Ayer*, 30 (1998): 70 (63-100).

⁶² Antonio Muñoz Molina, “La historia y el olvido”, *El País*, 9 de noviembre de 1997, 16 (15-6).

⁶³ José Álvarez Junco, “Historia e identidades colectivas”, en J. José Carreras Ares y C. Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos*, 47-68.

⁶⁴ Javier Tusell, “El debate político e intelectual sobre el decreto de Humanidades”, *Ayer*, 30 (1998): 101 (101-11).

⁶⁵ Fruto de este debate fue el libro coordinado por Juan Sisinio Pérez Garzón, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder* (Barcelona: Crítica, 2000); José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX* (Madrid: Taurus, 2001); Joan del Alcázar, *Història d'Espanya: què ensenyar?: debat al voltant de l'ensenyament de la història d'Espanya* (Valencia: Universitat de València, 2002); o la celebración de distintos congresos en torno al tema de los usos públicos de la historia entre los que destacamos el celebrado en Zaragoza por la Asociación de Historia Contemporánea en el año 2000.

⁶⁶ Pedro Ruiz, “La historia en el debate político”, 28.

Conclusiones

Las anteriores reflexiones nos llevan a concluir que la actual coyuntura historiográfica está caracterizada por la crisis de paradigmas y la ruina de las certidumbres que se consideraron como tales durante el siglo pasado. El ideal de objetividad científica labrado durante el siglo XIX y buena parte del XX, ha dado paso a la evidencia de la imposibilidad de la total aprehensión de lo pretérito, por ser algo que ya no existe.

El cambio en los regímenes de historicidad y la predominancia de la historia reciente son otros dos rasgos del presente de nuestra profesión. Además, en el campo de estudio propio de nuestra disciplina, intervienen hoy otros profesionales no historiadores, intrusismo que no solo afecta a la Historia, sino que es característico de nuestro tiempo presente. Esto ha dado lugar, en no pocas ocasiones, a la simplificación de los discursos históricos que, con demasiada frecuencia recurren a la caricaturización de lo pretérito y a anacronías históricas con la finalidad de conseguir una mayor difusión entre el gran público.

De igual modo, en el siglo XXI, se prioriza la centralidad del individuo por encima de la sociedad o de las colectividades, que eran los sujetos más sobresalientes del discurso histórico de la pasada centuria. Esta reivindicación del individuo va de la mano de la puesta en valor de lo subjetivo, como elemento igualmente válido para la comprensión de lo pretérito. Tanto es así, que los sueños, los relatos y la memoria se consideran hoy tan parte de la realidad como los hechos acaecidos en el pasado.

Esto ha conducido a la consideración del testigo del pasado como fuente para el conocimiento del mismo. Pero no solo se le considera competente para exponer lo acontecido en el pasado, sino que se ha convertido en un competidor del historiador por la explicación de lo pretérito. En relación con la apreciación del testimonio del pasado, se ha abierto la posibilidad de dar voz a los vencidos, como uno de los principales rasgos de la actual coyuntura historiográfica, que se inserta en la crisis de la modernidad.

En este sentido, el historiador trata de que sus investigaciones conecten con las preferencias de la sociedad actual y con las demandas de una opinión pública que se acerca a la cultura como producto de consumo en la sociedad del ocio. Igualmente, la Historia trata de cumplir una importante función cívica al armonizar las señas de identidad del colectivo al que pertenece cada individuo con el entramado de culturas en el que se ve inmerso el habitante de la aldea global. Así, la utilidad del estudio de nuestra disciplina se evidencia en este convulso tiempo presente, además de haberse confirmado como una inquietud social.

Por lo tanto, la Historia se debe de considerar en la sociedad actual como indispensable, por demostrar que ninguna identidad es eterna o impenetrable y que las construcciones humanas son perecederas. Solamente así se entenderá que el cambio, y no la inmutabilidad, es la esencia del devenir de la humanidad.

Profile

Sara Prades Plaza es licenciada en Historia con premio extraordinario y Doctora *europæus* en Historia Contemporánea por la Universitat de València (España). Ha sido becaria de Introducción a la Investigación en el CSIC y becaria FPU en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València. Ha realizado estancias de investigación en la LSE (Reino Unido), bajo la dirección de Paul Preston, en l'EHESS (Francia), supervisada por Jordi Canal y en la Universidad de Navarra (España). En sus investigaciones se ha ocupado de la construcción de la identidad nacional española en las primeras décadas del franquismo, centrándose en el discurso histórico del nacionalcatolicismo, por lo que recibió el VIII Premio de Investigación para Jóvenes Historiadores de la Asociación de Historia Contemporánea (España). Ha publicado numerosos trabajos en monografías, congresos y revistas de impacto, entre las que destacan *Historia Contemporánea*, *Ayer* e *Historia y Política*. En la actualidad, es profesora en la Universitat Jaume I de Castelló.

Sara Prades Plaza graduated in History with final-year prize and has a European PhD in Contemporary History at the University of Valencia (Spain). She has been granted at Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Spain) and the Department of Contemporary History of the University of Valencia. She has made research stays at the LSE (UK), under the supervision of Paul Preston, in l'EHESS (France), supervised by Jordi Canal and at the Universidad de Navarra (Spain). Her research hinges on the construction of the Spanish national identity in the early decades of the Franco regime, focusing on the historical discourse of nacionalcatolicismo, topic which was awarded with the VIII Research Prize for Young Historians of the AHC (Spain). She has published numerous papers in monographs, congresses and impact journals, among which *Historia Contemporánea*, *Ayer* and *Historia y Política*. Currently, she is a professor at the Universitat Jaume I of Castelló (Spain).

Fecha de recepción: 19 de julio de 2017.

Fecha de aceptación: 18 de mayo de 2017.

Publicación: 30 de junio de 2017.

Para citar este artículo: Sara Prades Plaza, “El pasado presente: reflexiones sobre el actual contexto historiográfico”, *Historiografías*, 13 (enero-junio, 2017): pp. 109-127. <http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/13/prades.pdf>